Jacques Ellul

La ideología del trabajo

Jacques Ellul nace, de familia pobre, en Burdeos en 1912 y muere en 1994 en Pessac, no lejos del «campus» donde impartió la enseñanza durante casi toda su vida. Participa activamente en la Resistencia. Después de la Liberación, en una Francia ocupada intelectualmente por el comunismo y el existencialismo, Ellul, antifascista pero también antitotalitario, queda desplazado del mundo intelectual parisino. Ecologista antes de tiempo y crítico de la ecología política, encabeza, junto a su amigo Charbonneau, distintos movimientos en favor de la Naturaleza.

Crítico de inspiración libertaria de la sociedad moderna, escribe más de 50 libros sobre todas las cuestiones importantes de nuestra era, anticipándose a todas ellas. Analiza sobre todo la que es para él la más importante: la Técnica. Inspirándose en Marx analista del Capital, Ellul se convertirá en el analista de la Técnica. A ella dedicará tres libros imprescindibles, fundadores, ya clásicos: La technique ou l'enjeu du siècle *(1954) (*La edad de la técnica, *Octaedro,*

2003), Le système technicien *(1977), y* Le bluff technologique *(1988). Importante también su Historia de las instituciones, estudios jurídicos y de historia del derecho. Abundantes sus libros y artículos sobre la cuestión de la revolución, contra el mito del progreso y sobre la ideología del trabajo, artículo que a continuación publicamos.*

La ideología del trabajo

Es necesario antes de iniciar cualquier investigación o reflexión sobre el trabajo en nuestra sociedad, tomar conciencia de que todo está dominado por la ideología del trabajo. En la casi totalidad de las sociedades tradicionales, el trabajo no es considerado ni como un bien ni como la actividad principal. El valor eminente del trabajo aparece en el mundo occidental en el siglo XVII en Inglaterra, en Holanda, después en Francia y se desarrolla en estos tres países a medida del crecimiento económico.

¿Cómo se explica, en principio, la mutación mental y moral que consiste en pasar del trabajo como pena o castigo, o necesidad inevitable, al trabajo como valor y bien? Es necesario constatar que esta reinterpretación que concluye en la ideología del trabajo se produce en el momento de coincidencia de cuatro hechos que modifican la sociedad occidental.

En primer lugar, el trabajo se vuelve cada vez más penoso con el desarrollo industrial y, aparentemente, más inhumano. Las condiciones de trabajo empeoran considerablemente al pasar del artesanado, e incluso de la manufactura (que ya era dura pero no inhumana), a la fábrica. Ésta produce un tipo de trabajo nuevo, despiadado. Y como, con la necesidad de acumulación de capital, el salario es inferior al valor producido, el trabajo se vuelve más invasor: ocupa toda la vida del hombre. El obrero se ve obligado al mismo tiempo a hacer trabajar a su mujer y a sus hijos para poder sobrevivir. El trabajo es pues a la vez más inhumano de lo que fue para los esclavos y más totalitario, no dejando lugar en la vida para nada más, ningún juego, ninguna independencia, ninguna vida familiar. Aparece para los obreros como una suerte de fatalidad, de destino. Era entonces indispensable compensar esta situación inhumana con un tipo de ideología (que por otra parte aparece aquí como corresponde a la visión que de la ideología tenía Marx), que hiciera del trabajo una virtud, un bien, una redención, una elevación. Si el trabajo hubiese sido interpretado como una

maldición, habría sido radicalmente intolerable para el obrero.

Así pues, esta difusión del «Trabajo-Bien» es tanto más necesaria cuando la sociedad de esta época abandona sus valores tradicionales, y ese es el segundo factor. Por un lado las clases dirigentes dejan de creer profundamente en el cristianismo, por otra parte los obreros que son los campesinos desarraigados, perdidos en la ciudad, no guardan ninguna relación con sus antiguas creencias, con la escala de sus valores tradicionales. Por lo tanto, fue necesario crear rápidamente una ideología de sustitución, un entramado de valores en los que inserirse. Para los burgueses, el valor que se convirtió en el origen de su fuerza, de su ascensión, fue el Trabajo (seguido por el Dinero). Para los obreros, como acabamos de ver, era necesario también suministrarles lo que es la explicación, o la valorización, o la justificación de su situación, y al mismo tiempo una escala de valores susceptibles de sustituir a los antiguos. Así, la ideología del trabajo aparece y se desarrolla en el vacío de otras creencias y valores.

Sin embargo hay un tercer factor: es aceptado como valor, convertido en primordial, la necesidad de crecimiento del sistema económico. La economía no ocupó un lugar fundamental en el pensamiento hasta los siglos XVII y XVIII. La actividad económica es creadora del valor (económico). Se convierte en el pensamiento de las élites, y no solamente de la burguesía, en el centro del desarrollo, de la civilización. ¿Cómo entonces no atribuirle un lugar esencial en la vida moral? Entonces, lo que es el factor determinante de esta actividad económica, lo más sublime del hombre, es el trabajo. Todo descansa sobre un trabajo encarnizado. Esto no es aún claramente formulado en el siglo XIII, pero son numerosos aquellos que ya comprenden que el trabajo produce el valor económico. Y pronto pasa de este valor al otro (moral o espiritual). Hacía buena falta que esta actividad tan esencialmente material fuera también justificada moral y psicológicamente. Creador de valor económico, empleamos la misma palabra para decir que él es fundador de valor moral y social.

Finalmente, un último factor viene a asegurar este predominio. La ideología del trabajo aparece cuando hay la separación más grande y decisiva entre el que manda y el que obedece en *el interior de un mismo* proceso de producción, entre el explotador y el explotado, correspondiendo a unas categorías radicalmente diferentes de trabajo. En el sistema tradicional, hay quien no trabaja y quien trabaja. Hay una diferencia entre el trabajador intelectual y el trabajador manual. Pero no había una oposición radical entre las tareas de organización o incluso de mando y las de ejecución: al trabajador manual se le dejaba una mayor iniciativa. En el siglo XVIII, el que organiza el trabajo y el que explota es él mismo un trabajador (y no un no-trabajador, como el señor) y todos son atrapados por el circuito del trabajo, pero con la oposición total entre el ejecutante explotado y el dirigente explotador. Hay unas categorías totalmente diferentes de trabajo en el dominio económico.

Estos son, creo, los cuatro factores que conducen a la elaboración (espontánea, no maquiavélica) de la ideología del trabajo, que juega el rol de todas las ideologías: de una parte

ocultar la situación real trasladándola a un dominio ideal, atrayendo toda la atención sobre lo ideal, lo ennoblecido, lo virtuoso y, por otra parte, justificar esta misma situación coloreándola con los colores del bien y del sentido. Esta ideología del trabajo ha penetrado en todas partes, domina aún en gran parte nuestras mentalidades.

* * *

Cuales son entonces los principales componentes de esta ideología: en primer lugar, la idea central, que se convierte en una evidencia, es que el hombre está hecho para el trabajo. No tiene otra posibilidad para vivir. La vida solo puede llenarse con el trabajo. Recuerdo alguna lápida de cementerio con la única inscripción bajo el nombre del difunto: «el trabajo fue su vida». No había otra cosa que decir sobre toda una vida de un hombre. Y al mismo tiempo, en la primera mitad del siglo XIX, aparece la idea de que el hombre se diferenció de los animales y llegó a ser verdaderamente humano porque desde los orígenes había trabajado. El trabajo había hecho al hombre. La distancia entre el primate y el

hombre fue establecida por el trabajo. Y, mucho más importante, mientras que en el siglo XVIII se llamaba generalmente al hombre prehistórico «homo sapiens», a principio del siglo XIX el que primó fue el «homo faber»: el hombre fabricante de útiles de trabajo (tengo claro que esto estaba vinculado al descubrimiento efectivo de útiles prehistóricos, pero este cambio de acentuación resulta clarificador). Del mismo modo que el trabajo está en el origen del hombre, igual es él el que puede dar un sentido a la vida. Esta no tiene sentido por sí misma: el hombre le aporta uno con sus obras y la realización de su persona en el trabajo que, el mismo, no tiene necesidad de ser justificado, legitimado: el trabajo tiene sentido en sí mismo, comporta su recompensa, por la satisfacción moral del «deber cumplido», a la vez que por los beneficios materiales que cada uno recoge de su trabajo. Lleva en él su recompensa, y, además, una recompensa adicional (dinero, reputación, justificación). *Labor improbus omnia vincit.*[1] Esta se convierte en la mayor divisa del siglo XIX. Pues el trabajo es el padre de todas las virtudes, así como la ociosidad es la madre de todos los vicios. Los textos de Voltaire, uno de los creadores de la

ideología del trabajo, son del todo esclarecedores a este respecto: «El trabajo aleja de nosotros tres grandes males, el aburrimiento, el vicio y la necesidad» o también «Forzad los hombres a trabajar y haréis que sean honrados».[2] Y no es por nada que sea precisamente Voltaire quien puso en primer plano la virtud del trabajo. Porque lo convierte en virtud justificativa. Se pueden cometer muchas faltas de todo tipo, pero si uno es un trabajador firme se es perdonado. Un paso más, y llegamos a la afirmación, que no es moderna, que «el trabajo es la libertad». Esta fórmula expresa actualmente un eco trágico porque nos recuerda la inscripción en la entrada de los campos hitlerianos «Arbeit macht frei».[3] Pero en el siglo XIX, con enjundiosa gravedad, se explicó que efectivamente sólo el trabajador es libre, a diferencia del vagabundo que depende de las circunstancias o de la buena voluntad de los otros. El trabajador, cualquiera lo sabe, no depende de nadie. ¡Tan sólo de su trabajo! Así la esclavitud del trabajo se transforma en garantía de libertad.

Y de esta moral encontramos dos aplicaciones más modernas: el Occidental ha visto en su capacidad de trabajar la justificación al mismo tiempo que la explicación de su superioridad con respecto a todos los pueblos del mundo. Los africanos eran unos perezosos. Era un deber moral enseñarles a trabajar, y era una legitimación de la conquista. No se podía entrar en la perspectiva de dejar de trabajar cuando se tiene lo suficiente para comer dos o tres días. Los conflictos entre patronos occidentales y obreros árabes o africanos entre 1900 y 1940 fueron innombrables sobre este tema. Pero, notablemente, esta valorización del hombre por el trabajo ha sido adoptada por el movimiento feminista. El hombre ha mantenido a la mujer en inferioridad porque sólo él efectuaba el trabajo socialmente reconocido. La mujer sólo es valorizada actualmente cuanto «trabaja»: teniendo en cuenta que cuidar de la casa, criar a los hijos no es trabajo, pues no es un trabajo productivo que reporte dinero. Gisèle Halimi,[4] por ejemplo, ha dicho: «La gran injusticia es que la mujer ha sido apartada de la vida profesional por el hombre». Es esta exclusión la que impide

a la mujer acceder a la humanidad completa.[5] Incluso hay quien la considera el último pueblo colonizado. Dicho de otra manera, el trabajo que en la sociedad industrial se convierte en el origen de todo el valor, que deviene el origen de toda *realidad*, se encuentra transformado, se encuentra transformado por la ideología en una *sub-realidad*, investido de un sentido último a partir del cual toda la vida adquiere su sentido. El trabajo es así identificado a toda moral y toma el lugar de todos los otros valores. Él es portador del futuro. Este, ya se trate del futuro individual o colectivo, reposa sobre la efectividad, la generalidad del trabajo. Y en la escuela, el niño aprende primero y ante todo el valor sagrado del trabajo. Es la base (con la Patria) de la enseñanza primaria desde 1860 a 1940, aproximadamente. Esta ideología penetró totalmente durante generaciones.

Y esto conduce a dos consecuencias bien visibles, entre otras. En primer lugar, estamos en una sociedad que ha puesto progresivamente a todo el mundo en el trabajo. El rentista, como antes el noble o el moje, todos ellos ociosos, se convierten en personajes innobles hacia finales

del siglo XIX. Solo el trabajador es digno del nombre de hombre. Y en la escuela se pone al niño a trabajar como jamás en ninguna civilización se ha hecho trabajar a los niños (no hablo del atroz trabajo industrial o minero de los niños en el siglo XIX, que era accidental y ligado no al valor del trabajo sino al sistema capitalista). Y la otra consecuencia actualmente sensible: no vemos lo que sería la vida de un hombre que no trabajara. El parado, aunque reciba una indemnización suficiente, queda descentrado y como deshonrado por la ausencia de actividad social retribuida. El ocio demasiado prolongado es perturbador, aparejado a la mala conciencia. Y todavía hay que pensar en los numerosos dramas de la jubilación. El jubilado se siente frustrado en lo principal. Su vida no tiene más productividad, legitimación: no sirve para nada. Es un sentimiento generalizado que proviene únicamente del hecho que la ideología ha convencido al hombre de que la única utilización normal de la vida era el trabajo.

* * *

Esta ideología del trabajo presenta un interés bien particular en la medida en que es un

ejemplo perfecto de la idea (que no es necesario divulgar) de que la ideología dominante es la ideología de la clase dominante. O mucho más, que esta impone su propia ideología a la clase dominada. En efecto, esta ideología del trabajo es, con la expansión de la industria, una creación integral de la clase burguesa. Esto reemplaza toda moral por la moral del trabajo. Sin embargo no es por engañar a los obreros, no es para inducirlos a trabajar más. Pues la burguesía misma cree en ello. Es ella, por sí misma, quien sitúa al trabajo por encima de todo. Y las primeras generaciones burguesas (por ejemplo, los capitanes de industria) están hechas de hombres incansables en el trabajo, trabajando más que todos. Elaboraron esta moral no para constreñir a los otros, sino en tanto que justificación de lo que se han hecho a sí mismos. La burguesía no creía en los valores religiosos y poco en los valores tradicionales: los sustituye por esta ideología que legitima tanto lo que hace, como la forma en que vive y también el sistema que organiza e impone. Pero por supuesto, como ya señalamos anteriormente como toda ideología, sirve para velar, para ocultar la

condición del proletariado (si trabaja, no es por coacción sino por virtud). Ahora bien, lo que es interesante es constatar que esta ideología producida por la burguesía se convierte en la ideología, profundamente cruda y esencial, de la clase obrera y de sus pensadores. Como la mayoría de socialistas, Marx cae en la trampa de esta ideología. Él que fue tan lúcido para criticar el pensamiento burgués, cae de pleno en la ideología del trabajo. Los textos abundan: «la historia es la creación del hombre por el trabajo humano. El trabajo creó al hombre» (Engels).

He aquí una serie de textos de Marx:

«En tu uso de mi producto, directamente gozaré de la consciencia de haber satisfecho una necesidad humana y objetivado la esencia del hombre, de haber sido para ti el término medio entre tú y el género humano, de ser conocido y sentido por ti como un complemento de tu propio ser y una parte necesaria de ti mismo. Así pues saberme confirmado tanto en tu pensamiento como en tu amor, de haber creado en la manifestación individual de mi vida, la manifestación de tu vida, de haber entonces

confirmado y realizado directamente en mi trabajo… la esencia humana, mi esencia social». (Karl Marx, «La producción humana», en *Manuscritos,* 1844).

«Es dando forma por su trabajo al mundo de los objetos en donde el hombre se afirma realmente como ser genérico. Esta producción es su vida genérica activa. Mediante ella aparece la naturaleza como su obra y su realidad. El objeto del trabajo es por eso la objetivación de la vida genérica del hombre, pues éste se desdobla no sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino activa y realmente, y se contempla a sí mismo en un mundo creado por él». «Esbozo de una crítica de la Economía-política» (*Manuscritos,* 1844).

Y uno de los ataques implacables de Marx contra el capitalismo se dirigirá justamente a este punto: el capitalismo ha degradado el trabajo humano, haciendo de él un envilecimiento, una alienación. El trabajo en este mundo no es *más el trabajo* (¡olvida que ha sido *este* mundo quien ha fabricado esta *imagen noble* del trabajo!). El capitalismo debe ser condenado entre otras

cosas a fin de que el trabajo pueda encontrar su nobleza y su valor. Marx, por otra parte, atacaba al mismo tiempo sobre este punto a los anarquistas, los únicos en dudar de la ideología del trabajo. En fin: «Por esencia el trabajo es la manifestación de la personalidad del hombre. El objeto producido expresa la individualidad del hombre, su prolongación objetiva y tangible. Es el medio de subsistencia directo, y la confirmación de su existencia individual». De este modo Marx interpreta todo gracias al trabajo, y su célebre demostración de que sólo el trabajo es creador de valor reposa sobre esta ideología burguesa (por otra parte estaban otros economistas burgueses, antes que Marx, que habían hecho del trabajo el origen del valor…). Pero no son solamente los *pensadores* socialistas quienes entraron en esta óptica, los mismos obreros y los sindicatos también. Durante todo el final del siglo XIX, asistimos al progreso de la palabra «trabajadores». Solamente los trabajadores están justificados y deben ser venerados, contrapuestos a los Ociosos y a los Rentistas que son viles por naturaleza. Y todavía por Trabajador no comprendemos más que al

trabajador manual. Hacia 1900, habrá fuertes debates en los sindicatos para saber si se puede conceder a los funcionarios, intelectuales, oficinistas, el noble titulo de trabajadores. Del mismo modo en los sindicatos no se cesa de repetir entre 1880-1914 que el trabajo ennoblece al hombre, que un buen sindicalista debe ser mejor obrero que los otros; se propaga el ideal del trabajo bien hecho,[6] etc. Y finalmente, siempre desde los sindicatos, se ha reivindicado ante todo la justicia en el reparto de los beneficios del trabajo, así como la atribución del poder de los trabajadores. Por lo tanto, generalizando, se puede decir que sindicatos y socialistas han contribuido a difundir esta ideología del trabajo y a fortificarla, ¡lo que, por otra parte, se comprende muy bien!

* * *

Pero ante esta difusión triunfal de la ideología del trabajo, los cristianos estaban muy confusos. Se trataba, en efecto, de cambiar ciertos aspectos respecto a su postura tradicional sobre el trabajo. Y la burguesía esperaba de la Iglesia una legitimación, una confirmación. El punto de

vista cristiano cambió entonces. Se puede notar en diversos aspectos. Primero la interpretación del cuarto mandamiento.[7] Hasta entonces el acento estaba puesto en el Sabbat, sobre el levantamiento de la condena al trabajo, sobre la consagración del séptimo día a Dios, sobre el momento de libertad que le es asegurado al hombre, al animal, a la tierra por la celebración del Sabbat; y he aquí que el acento cambió. Se insiste en el «Tu trabajaras…». Bien, hay lo que continúa, hay el día de reposo, pero el «Tu Trabajaras», en principio, deja de ser la simple constatación de un hecho, de una situación y se transforma en una orden, un imperativo, un mandamiento de Dios. La parte verdaderamente importante de este texto es ya la obligación querida por Dios de trabajar seis días (nada de semana inglesa). Pues el trabajo se convierte en un medio de salud. Todo cambia respecto al pensamiento habitual de la Edad Media. El trabajo es un valor positivo, entra dentro de las virtudes cristianas. El hombre que consagra su vida al trabajo es una especie de santo. Se dirá a menudo, por otra parte, que el trabajo es un medio de santificación, como también de

mortificación. Cuando uno trabaja mucho, no se piensa en toda una serie de tonterías… La Iglesia, resueltamente se hace de la escuela de Voltaire. Ciertamente, se empieza a utilizar, como prueba de la excelencia del trabajo, el hecho de que Jesús era un trabajador. Es más, es un trabajador manual. Está claro que los evangelios no dicen nada al respecto. La única alusión es «la de hijo de carpintero». Pero no es evidente que, hijo de su padre, él realice el mismo oficio, fuese él mismo carpintero. Nada en la narración garantiza está deducción. En fin, queda claro en el contexto de esta ideología, que Jesús no podía ser un vagabundo, un mendigo, un pensador contemplativo. Era necesario que trabajase en el taller paterno. ¡Y qué de discursos sobre el origen proletario (aunque esto vendrá después…)! El trabajo se convierte a través de estas múltiples explicaciones (pronto privilegiadas) en expresión de la vida cristiana, y, retomando la formula de Lutero, uniéndolo al termino vocación. Es dios mismo quien llama a X a ser médico y a Y a ser estibador. Al mismo tiempo que Dios atribuía un sentido a cualquiera que fuera este trabajo. Todo esto es la

fabricación teológica en la misma época que la fabricación ideológica. Y se comprende hasta que punto esto podía ser útil para el empresariado. Fue una de las grandes traiciones de la Iglesia, el procurar al mundo de los explotadores el instrumento teológico a la vez que su justificación y la seguridad de su dominación. Pues, a partir de ahí, será muy fácil decir sin cesar al obrero explotado que tal era la voluntad de Dios. Que su trabajo respondía a una vocación, y que buscar un cambio o rebelarse iba contra el designio de Dios. Aquí, Marx tenía toda la razón cuando llamaba a la religión «el opio del pueblo». En el siglo XIX, los capitalistas se sirvieron de esta teología del trabajo para encerrar todavía más al obrero en el destino de su trabajo, declarado voluntad de Dios, vivido como fatalidad.

Pero es necesario añadir una última palabra sobre la traición teológica de esta época: constantemente frente al trabajo, la Biblia nos advierte, *ante todo*, contra la idolatría de la obra de nuestras manos. El primer peligro del trabajo, es que seamos tan entusiastas, tan seducidos por nuestra propia obra que nos postremos ante ella,

atribuyéndole cualidades divinas. Cuando la Biblia nos habla así, no se refiere solamente a las estatuas de Dios, los objetos fabricados para el culto, etc. Su alcance es mucho más general: se trata del conjunto de la «obra de nuestras manos». Todo producto de nuestro trabajo puede convertirse en fuente de idolatría, creación de falsa religión. Esta es la primera advertencia. ¿Ahora bien, cuando la Iglesia se encaminó a profesar una teología positiva del trabajo? Exactamente en el momento en que se hace más aplastante, devorador, alienante, y al mismo tiempo en el que produce las obras más grandiosas de la humanidad. No es delante de un monumento único, excepcional, que el hombre va a adorar la obra de sus manos, sino delante del genio constructor, el motor y los trenes, la movilización de la energía y su producción en masa, los barcos y finalmente el avión, para quedarse sólo en el siglo XIX. En ese momento el hombre occidental se convierte totalmente en idólatra (¡y no solamente del dólar!). Y esto la Iglesia estrictamente no lo ha visto. Al contrario ella confirma la ideología del trabajo que encuentra su conclusión en esta

idolatría. Frente al imperativo primero del trabajo, todo lo que esta Iglesia tenía que decir, eran buenos consejos de moral a los patronos para comprometerlos a tratar bien a los obreros, y para hacer obras de caridad, destinadas a paliar la extrema miseria, la enfermedad. Pero por otra parte guardando siempre una desconfianza respecto del pobre. Pues se difundía en los medios cristianos de esa época también la convicción de que si se era pobre era porque no se había obedecido la ley divina del trabajo. Entonces, se era culpable. Y se conocía bien las distinciones entre pobres honorables, meritorios, y los pobres holgazanes, perezosos que no merecían que se ocupase de ellos. La Iglesia había sido invadida por la ideología del trabajo por todas sus puertas.

Esta ideología del trabajo en tanto que fenómeno ideológico existe aún a pesar de veinte años de resistencia, y a veces aún se trata de hacerla revivir, de legitimarla: por ejemplo, F. Herzbeg,[8] *El trabajo y la naturaleza del hombre* (París, 1971).

NOTAS

1. *El trabajo persistente (ímprobo, tenaz) todo lo vence* (Virgilio, *Geórgicas,* libro I).

2. La primera cita es de la conclusión de *Cándido*; la segunda, de los *Comentarios sobre el libro De los delitos y las penas* (1766)

3. Su traducción es por todos conocida, aunque no está de más recordarla por lo que tiene de siniestro: «El trabajo libera o el trabajo os hace libres».

4. Gisèle Halimi, abogada, militante anticolonialista y feminista, se hizo conocida en los años 1970 por su lucha por la lega-lización del aborto (proceso de Bobigny, 1972). Entre las obras que ha escrito, señalamos *La Cause des femmes*, Paris, Grasset, 1974; en castellano: *La causa de las mujeres*, ediciones Era, México, 1976

5. En un capitulo de *Exégèse des nouveaux lieux communs* que sigue inmediatamente al del *Le travail, c'est la liberté*, Ellul da libre curso a sus sarcasmos sobre la reivindicación feminista de pretender un trabajo a todas las mujeres para liberarlas: «La mujer encuentra su libertad (su dignidad) en el trabajo». Para él, la alienación en el trabajo embrutecedor es más alienante que las tareas domésticas y los cuidados a los niños.

6. Es necesario citar los enfrentamientos en el sindicalismo francés a propósito del sabotaje. Este fue rechazado por la mayoría de los dirigentes como indigno del trabajo bien hecho, del honor de los trabajadores e inaceptable desde el punto de vista de la moral del trabajo.

7. «Recuerda el día de sabbat, para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu labor; mas el séptimo día es sabbat para el Eterno, tu Dios; no harás ninguna labor, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sirvienta, ni tus bestias de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus murallas, pues en seis días el Eterno hizo los cielos y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y el séptimo día descansó. Por eso, el Eterno bendijo el día de sabbat y lo santificó». (Texto de la traducción ecuménica de la *Biblia*)
8. Frederick Herzberg (1923-2000), psicólogo americano, se interesó por los mitos religiosos fundadores de la representación del trabajo en nuestras sociedades a través de los personajes de Adán y Abraham. Adán simboliza la maldición del trabajo y Abraham la realización del individuo por el trabajo. Herzberg fue el abogado de las prácticas de enriquecimiento del trabajo.